

Fernando Morote **POLVOS ILEGALES**, *agarres malditos*

POLVOS ILEGALES, *agarres malditos* Fernando Morote

Fernando Morote **POLVOS ILEGALES**, *agarres malditos*

POLVOS ILEGALES,
agarres malditos

POLVOS ILEGALES, *agarres malditos* Fernando Morote

Fernando Morote **POLVOS ILEGALES**, *agarres malditos*

fernando MOROTE

POLVOS ILEGALES,
agarres malditos

BIZARRO 
ediciones

POLVOS ILEGALES, *agarres malditos* Fernando Morote

© Polvos ilegales, agarres malditos
Primera edición, Lima, febrero de 2010

© Fernando Morote

© Bizarro Ediciones

Cuidado de edición: Max Palacios
maxpalacios@terra.com
www.amoresbizarros.blogspot.com

Diseño y diagramación: José Castro Lovera
casjose@gmail.com
Teléfono: (511) 9 9823 7105

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2008-08247

*Entre risa y risa te quitan la camisa,
y entre broma y broma te meten la paloma*
(Dicho favorito de mi abuela)

POLVOS ILEGALES, *agarres malditos* Fernando Morote

NOTA INTRODUCTORIA

A fin de evitar confusiones con el título, quiero precisar que *Polvos ilegales, agarres malditos* no es otra cosa que la historia de un hombre, en plena crisis de la mediana edad, procurando su realización personal a través del sexo. Y cómo esa búsqueda acarrió más de una maldición a su vida.

POLVOS ILEGALES, *agarres malditos* Fernando Morote

**I just gotta get out of this prison cell
someday I'm gonna be free, Lord!
Somebody to love", Queen**

—Después de 14 años de matrimonio, hermano, la única
mujer a la que no quiero hacer el amor es mi esposa.

**At least in my lifetime I've had one dream come true
I was blessed to be loved by someone as wonderful as
you
"Please don't go", KC & The Sunshine Band**

Largos y flácidos. Fríos. Alegres y saltarines. Cándidos...
Así veía Judas los dobles naturales, aquellas misteriosas criaturas gemelas pendiendo de su pecho. Adoraba dormir con ella. So pretexto de buscar abrigo la abrazaba cruzándole las manos por encima del tórax. Sigilosamente con la punta de los dedos le levantaba el cuello del pijama y espiaba sus senos. Alcanzaba a verlos completitos. Llegaba a rozarlos con las yemas. Cuando ella soltaba un ronquido áspero, simulaba tener ganas de ir al baño y se levantaba asustado. Antes de entrar de nuevo a la

cama corría un poco las sábanas para mirarle las pantorrillas, abría más y le contemplaba los muslos, a veces tenía la fortuna de encontrar una pierna recogida. Parte de las nalgas quedaba al descubierto. El momento de clímax venía cuando asomaban los pelitos. Conteniendo el aliento, se acomodaba boca arriba. A los pocos minutos tenía empapada la mano.

Por las mañanas, después de que ella salía a trabajar, corría al primer cajón de la cómoda. Sacaba una larga fila de medias de nylon, calzones de lycra, enaguas de encaje y sostenes de copas sintéticas. Las extendía a través de su cama. Luego de ordenarlas y seleccionarlas, devolvía las prendas blancas. Las de color negro lo volvían loco. Las olisqueaba una por una. Se bajaba el pantalón y empezaba a jugar con su miembro. Más de una vez tuvo que hacer malabares para no mancharlas. Ideó entonces otra fórmula. Tendió un cordel que cruzaba su cuarto de pared a pared, sujetando un extremo a una esquina de la puerta y el otro a un ángulo del ropero. Echado completamente desvestido, mirando hambriento la ropa interior colgada, imaginaba un diálogo que esperaba un día hacer realidad:

—Entonces, ¿quieres verme desnuda?

—Sería un placer, mamá.

—Mamá.

—Dime.

—Una pregunta.

—Te escucho.

—¿Qué función cumple el fustán?

**And the sun comes like a god
into our room
“*New sensation*”, INXS**

A despecho de los rumores y cuchicheos que incesantemente llegaban a sus oídos, lo que en verdad le fascinaba de su tía Hortencia (la cuñada favorita de su papá) no era tanto su sonrisa fantástica desbordando sensualidad sino que lo sentaba en sus faldas, le daba besitos en la boca y le arrimaba las tetas en la cara.

—¡Pero qué guapo está este muchacho, hermana!

Su espalda delicada, cubierta de pecas, sumía a Judas en un estado de delirio que lo llevaba a presumir cuán lleno de pecas debía estar también el resto de su prodigioso cuerpo. La había visto bailar infinidad de veces durante las fiestas familiares con su papá y había sido testigo privilegiado de cómo sus vestidos holgados, flotando en el aire al ritmo de los vales criollos, develaban sus maravillosas piernas.

Una tarde de verano, cuando regresó de la playa, la encontró tomando una siesta en su cuarto. Descalza y echada de costado, era como un desnudo artístico que no muestra nada pero sugiere todo. El cuadro ofrecía una presa jugosa. Estaba entera todavía. Resultaba deliciosa la sensación de estar a solas con ella. Parecía tan fácil de tocar. Pensó que tal vez podría saborear una lonja de su fabulosa densidad muscular. O quizás penetrar el corazón de su orquídea silvestre, oscura y espesa, que escondía bajo aquel suelto y transparente calzoncito de algodón. Un energético tirón

azotó su zona genital. Avanzó hasta el borde de la cama, pero se electrizó de angustia al chocar con las prominentes varices celestes que, ramificadas como estrellas, inundaban los templados muslos de Hortencia.

Al día siguiente, observaba impaciente por la ventana del dormitorio los preparativos de su mamá y su tía antes de ir a la playa. No paraban de conversar y reírse mientras se probaban sombreros, salidas de baño, sandalias. Se arreglaban como si fueran a una fiesta de gala. Cuando entró para poner un poco de presión, sufrió una descarga de alto voltaje.

—Se me escapan las mamas —le dijo Hortencia, guiñándole un ojo, mientras hundía sus impresionantes senos dentro del traje de baño.

Al correr del tiempo, cuando la pubertad cedió paso a la adolescencia, Judas continuaba sin comprender cómo su tía seguía celebrando religiosamente cada 28 de febrero su aniversario de matrimonio. El marido la había abandonado varios lustros atrás, dejándola en total desamparo con dos hijos pequeños que alimentar. La apoteósica fiesta que organizó en honor a sus bodas de plata fue sencillamente el colmo. Y años más tarde, después de llorar a mares aferrándose al ataúd, rogó a la otra viuda que le entregara el pene mutilado de su difunto ex-esposo para guardarlo en una urna de cristal. “Como alhaja preciosa, en recuerdo de los buenos tiempos”, según afirmó.

—¿Recuerdas cuando eras niño y te costaba un mundo levantarte temprano para ir al colegio? Pero los sábados y domingos saltabas de la cama casi de madrugada, sin necesidad de que nadie te sacudiera, simplemente porque adorabas el olor y el color de las primeras horas del día?

—Correcto.

—La responsabilidad lo cambia todo.

—Cuál es el punto.

—La responsabilidad arruina el matrimonio.

**Si este dolor durara por siempre
no digas nada, vete de aquí
porque yo voy donde nunca estoy, donde nunca fui**
Chipi-Chipi, Charly García

A Judas esas cosas lo ponían neurasténico, no aguantaba el dolor ajeno, la sangre lo hacía huir. Salió de la habitación.

—Parece que tiene el erizo bien clavado —dijo.

—Detesto las pinzas —comentó Catalina.

Judas hizo una mueca.

—No me gusta ver.

—A mí tampoco —dijo Catalina— Por eso no entro.

—Me da miedo —agregó después, y se abrazó a sí misma. Luego estiró un brazo hacia Judas— Mira cómo se me pone la piel de gallina.

Judas observó de lejos.

—Ven —dijo Catalina— Toca.

Judas se acercó un poco y puso sus dedos sobre el codo de Catalina. Tenía la piel suave.

—¿Te da miedo? —preguntó Catalina, mirándolo con cierto aire de desafío.

—Qué cosa.

—Ver cómo mi mamá le saca la astilla a tu hermana.

—Sí.

Entonces Catalina lo abrazó, lo jaló hacia su pecho y lo apretó fuerte.

—Yo te voy a cuidar —le dijo.

Judas cerró los ojos.

—Qué rico pelo tienes —dijo Catalina, acariciándole la cabeza.

Embebido como estaba, oliendo la fragancia que brotaba de su cuello y sintiendo despuntar sus minúsculos médanos, Judas guardó silencio. Recordó las veces que la había visto chapar furiosamente con su enamorado, ese negro horrible de *african—look* que venía todas las tardes a buscarla y la agarraba al pie del farol, abriendo su boca de tiburón, introduciéndole la lengua en lo más hondo de la tráquea, manoseándola por encima de esos apetitosos shortcitos rosados, que ella siempre usaba.

—¡Judas! ¡Qué estás haciendo!

Volteó asustado. Era su mamá, con los brazos en jarra, llamándolo desde la terraza. Sintió que Catalina lo soltó brusca-mente.

—¿Cómo está, señora?

—Hola, hija. Judas, busca a tu hermana y dile que venga a la casa a tomar lonche.

—Se enterró un erizo en la playa, la mamá de...

—Yo la llamo —se apresuró a decir Catalina, y entró a la casa—, ya deben haber terminado.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó la mamá de Judas, en tono inquisitivo.

—Nada, mamá.

—Como que nada, si vi que estabas abrazando a Catalina. ¿No ves que es una chica más grande que tú?

—Ella me estaba abrazando a mí, mamá.

—¿Y tú te dejas? Sabe Dios las mañas que tendrá esta chica, hijo.

—Pero mamá, ella sólo...

—Vamos a la casa. No quiero que esto se vuelva a repetir, ¿está bien?

—Está bien, mamá.

—De pronto me preguntan cosas que no sé cómo responder: “¿quieres a tu mujer?”, “¿estás enamorado de tu esposa?”, “¿por qué te casaste?”. Soy como un animal en celo permanente.

**I spend my time thinkin' about you,
and it's almost driving me wild
“Missing you”, John Waite**

Quizás eran sus atrevidos escotes. Tal vez sus pantalones acampanados. O de repente los grandes lentes de sol que, colocados sobre su frente, tan magnífica combinación hacían con

sus enormes argollas plateadas. No podía precisar la causa exacta, pero Judas ardía en fiebre cada fin de semana que pasaba en casa de su mejor amigo, Benjamín Pinamonte, envidiando los piquitos que éste recibía de su mamá al despedirse.

Una tarde subieron al cuarto principal para pedir permiso de jugar en la calle. La mamá de Benjamín estaba recostada en la cama viendo un programa de televisión. Judas pasó delante de ella y entró al baño. Abrió la llave del agua para fingir lavarse las manos. Desde allí aguzó la vista. Estaba siempre al acecho. Por la posición de la señora, pudo analizar con detalle los recodos de sus pomposas nalgas, mordiéndole la tanga bajo el vestido. Un deleite visual. Una obra maestra de carne y deseo...

Al día siguiente, los ruidos provenientes de la habitación contigua lo despertaron a primera hora. Alzó la cabeza y vio que Benjamín aún dormía. Decidió escuchar sin levantarse. El papá de su amigo daba algunas indicaciones a la mamá, aclarando que volvería temprano del trabajo. Después, pisadas que bajaban la escalera, un portazo y finalmente el ruido de un motor que arrancaba, perdiéndose luego en la distancia. A continuación, movimiento de cajones que se abrían y cerraban; uno de ellos cayó al piso y fue acomodado en su lugar. Por último:

—¡Arriba, chicos! —la voz de la mamá— ¡A tomar desayuno!

Judas sintió aproximarse unos pasos apurados. Benjamín empezaba a dar las primeras señales de conciencia. Entonces, la entrada triunfal. Una radiante modelo de lencería fina ingresó al dormitorio luciendo una larga bata celeste que, a lo lejos y a contraluz, la mostraba virtualmente desnuda. Traía en las manos un par de medias de algodón hechas pelota. Se estacionó sobre el tapete que separaba las camas de los dos muchachos. Simulando una pesada somnolencia, Judas paseó su vista por

el pecho. Sus senos pendían como una delicada gota de rocío. Pudo ver los pezones tan claritos que tuvo la sensación de estar catándolos con la punta de la lengua. Ella hablaba y hablaba, se reía, hacía bromas y al mismo tiempo reproches, daba órdenes, recordaba antiguas instrucciones acerca de cómo doblar y guardar los calcetines. No parecía querer moverse de allí. Judas pensó que tal vez experimentaba un placer morboso exhibiéndose ante sus ojos. Quedó convencido de ello cuando, antes de retirarse, la mamá de su mejor amigo le lanzó una sonrisa pícaro que él arbitrariamente tradujo como “¿Me las viste bien? ¿Qué tal? ¿Te gustaron?”. Todo ese día fue incapaz de concentrarse en los juegos que Benjamín propuso. Más atención le prestó al delicioso olor a palta que despedían sus genitales cada vez que se remangaba el prepucio en la intimidad del baño de visitas.

—Reconozco que, en mi caso, cualquier movimiento —por mínimo que sea o inofensivo que parezca— resulta sospechoso. No puedo quejarme. Recibo los palos de mi esposa poniendo el lomo, como un perro manso que sabe ha mordido la mano de su amo.

**Y ahora que busqué
y ahora que encontré
el perfume que lleva el dolor
“El amor después del amor”, Fito Páez**

Las indicaciones de la etiqueta recomendaban una cucharada como dosis diaria. Judas se tomaba cuatro para asegurar los efectos prometidos. Se trataba de un líquido negro con aspecto repugnante y sabor a remedio. Pero parecía de cualquier modo más confiable que aquellos productos basados en aceites de reptiles, sangre de aves y raíces de árboles que había conocido durante su búsqueda de pócimas, brebajes, ungüentos y hierbas para la potencia sexual en las ferias ambulantes de Iquitos, Pucallpa y Tingo María.

No cuestionaba tanto su virilidad como su confianza en sí mismo. En la memoria guardaba con recelo parte de su infancia cuando alguna vez llegó a sentir deseo sexual por un hombre. La ágil y graciosa figura de su amigo húngaro, el chico más codiciado por las niñas bonitas del barrio, una tarde lo estremeció al punto de tener ganas de besarle en la boca y hacerle el amor. Los duchazos compartidos con su primo menor en la casa de playa le proveían la oportunidad de jugar bajo el chorro de agua y acariciarse mutuamente, provocando sus primeras erecciones admirables. El desafío que uno de sus compañeros de clase le planteó al verlo orinar para saber quién llegaba más lejos, luego se convirtió en una competencia de tacto para averiguar quién lo tenía más duro...

El cuarto de Florentín era un desastre. Las paredes pintarrajeadas con crayola y plumón, ropa tirada por todas partes, entreverada con útiles escolares. Judas se ponía de acuerdo en secreto con él para deshacerse de Florencio. Lo mandaban a contar afuera. Una vez que salía, echaban llave y apagaban la luz. A veces era Judas primero, otras Florentín. Removían la cantidad de accesorios que yacían dispersos sobre la cama. Sin quitárselo, se bajaban el pantalón y se acostaban, uno montado encima del otro, tapándose hasta el cuello con el cubrecama. Se sobaban, se respiraban en los tímpanos, a veces se buscaban la boca. Aunque no llegaban a besarse del todo, se rozaban los labios. Cuando sentían que entraban más en calor se bajaban lentamente el calzoncillo y dejaban que sus espárragos crecieran al contacto de los cuerpos. En ocasiones se atrevían a fingir un descontrol en la manipulación del propio miembro y tocaban breve, tímidamente el del otro. Una de esas tardes Florencio empezó a sospechar. Golpeó con violencia, pugnando por desbloquear la entrada. Judas y Florentín le gritaron cualquier excusa para distraerlo. La oscuridad de la habitación, el olor a ropa sucia, la presión externa, incrementaba la sensación de placer. Alterado al límite, Florencio amenazó con romper la puerta si no quitaban el pestillo en ese preciso momento.

—¿Qué estaban haciendo, huevones? —vociferó finalmente, cuando le abrieron.

En las cabezas de Judas y Florentín no había aún malicia suficiente para planear una coartada inteligente.

—Se me perdió un botón —dijo Florentín.

—Lo estábamos buscando —añadió Judas.

—Tenía la costumbre de hacerlo en el cuarto de mis papás. Me gustaba dejar la puerta abierta. Experimentaba tanto placer que llegaba a sentirme culpable. Mi hermano mayor me sorprendió un día. Me gritó y me pegó. Había escuchado desde pequeño que la práctica regular, ininterrumpida, provocaba demencia, imbecilidad, idiotez, impotencia, disfunciones eréctiles y, por último, homosexualidad. Me resistía a creer en esas teorías, las encontraba exageradas, demasiado trágicas. Gozaba el placer de la culpa. No sabía que ese deleite por el peligro de ser pillado me acompañaría, y en gran medida estimularía mis actos, el resto de mi vida.

Never gonna stop, give it up, such a dirty mind
I always get it up from a touch of the younger kind
“My sharoná”, The Knack

A partir de las cuatro de la tarde sólo se bañaban en Playa Blanca las empleadas domésticas, los heladeros y los albañiles. Judas y Benjamín Pinamonte se mantenían todavía inmaculados de esa clase de prejuicios. Les importaba un comino correr olas mezclados con la plebe del balneario.

Al esquivar la reventazón de una ola, vieron detrás de ellos un cuerpo revolcado violentamente contra la orilla. Una mujer envuelta en espuma, negras mechadas enmarañadas en el rostro, surgió de la masa de agua. Caminaba a tientas, haciendo eses, una teta al aire. telepáticamente se pusieron de acuerdo para ayudarla. Le preguntaron si se encontraba bien. Ella asintió, es-

cupiéndolo un alga. Le aconsejaron tener más cuidado con el mar traicionero. Ella encajó el seno en su vieja ropa de baño a rayas grises y negras. Indagaron si sabía nadar. La pobre mujer, con la cabeza llena de arena, respondió que no. Ofrecieron enseñarle. Ella, tras un rasgo inicial de desconfianza, decidió aceptar. Le pidieron que se echara en la piti tabla. Torpemente, ella acomodó su humanidad sobre la superficie de tecnopor. El aparato no tenía estabilidad. La calmaron asegurándole que la sostendrían mientras ella remaba con ambos brazos. La escoltaron sujetándola de los glúteos. La mujer no expresó reclamo alguno, tan entusiasmada ahora con su clase de natación. Ahogándose de risa, la paletearon a su regalado gusto. Pero la desdichada, pese a sus incansables braceadas, no lograba mantener el equilibrio; no paraba de resbalarse y hundirse. Después de ingerir el enésimo litro de agua salada, declaró que era demasiado para ella; mejor se iba. Judas y Benjamín trataron de disuadirla, alabando su audacia, remarcando que sólo necesitaba otro poco de práctica. La mujer se negó rotundamente y partió a la carrera, asustada.

De regreso en casa, mientras se enjuagaban bajo la ducha, Judas y Benjamín se lanzaban acusaciones mutuas acerca de quién se había mostrado más arrecho tocando las partes pudendas de la sirvienta náufraga. Judas propuso un juego para resolver la diferencia: uno relataba al otro los hechos ocurridos y si el oyente no sufría una vergonzosa erección estaba diciendo la verdad. La narración de Benjamín resultó tan sosa y sin gracia que Judas ni se inmutó. Cuando le tocó el turno a él, su amigo se puso de lado, intentando ocultar lo que estaba seguro sería su inevitable reacción física. Judas describió los hechos con tal exactitud, cuidadosa precisión y genuina fidelidad, que Benjamín terminó encorvado. Judas irrumpió en un prolongado

silencio, tratando de encontrar la palabra correcta para continuar. Entonces su amigo giró el torso y repentinamente estalló en un escandaloso grito de triunfo:

—¡La tiene chueca!

En efecto, por la curvatura de su hoja, antes que una espada rectilínea el pene de Judas parecía una cimitarra turca. Benjamín nunca había visto el miembro de su amigo adoptar tal dimensión. Tampoco el propio Judas, quien se sorprendió de ver, algo alarmado inclusive, cómo su glande totalmente fuera del prepucio brillaba igual que el cráneo de un hombre calvo. Tan firme destacaba su mástil enhiesto que hasta sintió el impulso de inclinarse con una venia en señal de respeto.

—No descarto la posibilidad de que mi mujer me despida un día con una patada en el culo.

—Los errores cumplen una función pedagógica. El sexo es un fruto de la naturaleza que debemos respetar.

—No tolero la injusticia, hermano.